

LOS FRACASOS: LAS IDEOLOGIAS

POR

JUAN ANTONIO WIDOW (*)

Profesor de Lógica y Metafísica en la Universidad Católica de Valparaíso (Chile).

Entrar en este tema implica una exigencia previa ineludible: la precisión del significado de los términos, o específicamente del término que ha de marcar el rumbo a esta exposición. La palabra ideología tiene un origen artificial: se inventa, en efecto —en el ambiente del optimismo de las Luces a finales del siglo XVIII—, para designar una nueva ciencia, aquella que había de desvelar en forma definitiva los secretos sobre el origen de las ideas del entendimiento humano, mostrando que no son más que una forma un poco más elaborada de las sensaciones.

Es obvio que, en su historia, el término no manifiesta especiales vínculos con ese primer significado. Pero, quizás por esto mismo, y al verse libre de las raíces semánticas que marcan la identidad genética del lenguaje, se ha prestado para muy distintos usos, por lo general vagos y poco aptos para precisiones. Por ejemplo, suele ser empleado para designar, simplemente, cualquier doctrina o concepción intelectual, sobre todo en el orden de lo que clásicamente se llamó ciencias prácticas: la ética, la política, la economía.

Sin embargo, en la historia de las ideas políticas, y en la del mismo actuar social y político, se ha ido decantando una actitud o mentalidad —un estilo de pensamiento y un criterio de conducta— que ha podido ser designado, con bastante propiedad, con el adjetivo *ideológico*. Esto aparece, con formas definidas,

(*) Conferencia pronunciada en el I FORO EMPRESARIAL IBEROAMERICANO. México, D. F., 12 de marzo de 1987.

en el siglo XVIII, aunque sus raíces se remontan mucho más lejos. Hablar de ideología, en este contexto —y aun admitiendo matizaciones diversas en su significado—, se habla de un sistema coherente de ideas acerca de cómo ha de ser la realidad personal y social del hombre.

La primera cualidad de tal sistema es esa coherencia interna: debe estar todo debidamente explicado; nada debe escapar a la racionalidad o a la lógica propias del conjunto. Una ideología debe tener respuesta para todos los problemas: si para algo no la tiene, es que eso no existe. Es un universo lógico en que no hay ningún camino de salida, pues toda vía es de comunicación interna. Si hubiese una puerta de escape, la ideología no sería tal: su identidad es incompatible con la admisión del misterio o, simplemente, de la validez objetiva de lo contingente.

La ideología no es, por tanto, una interpretación de la realidad humana en sus distintas dimensiones. No pretende ser una teoría, en el sentido tradicional de este término; es decir, no es una ciencia especulativa, cuyo objeto sea descubrir y explicar cuál es la verdadera naturaleza del hombre, como individuo y como parte de la sociedad. Por el contrario, el pensamiento ideológico pretende ser una anticipación de esa realidad individual y social del hombre. Es un modelo o un proyecto, y en él se define lo que debe ser el hombre, determinando así su valor en absoluto.

De esta manera, la ideología no es un conocimiento que deba ser confrontado con la realidad, para saber si es verdadero. Es la realidad concreta de los hombres la que debe ser confrontada con la ideología, para saber si, en cuanto tal realidad, es válida o no lo es. La ideología es la prefiguración acabada de lo que la sociedad humana, en cada uno de sus aspectos, *debe ser*. Por esto, la acción que en ella se inspira tiene como única finalidad la de construir la realidad social de acuerdo al modelo. El hombre en su vida cotidiana es, en manos del ideólogo, como el barro en manos del alfarero: y con la misma libertad de poder desecharlo y tomar otro si es que por cualquier motivo no sirve para hacer con él lo que se intenta. Es decir, que, si esta tarea

falla, la de construir la nueva sociedad, nunca es por culpa de la ideología, que en sí es perfecta e infalible, sino de la realidad, que no es capaz de recibir las nuevas formas redentoras: el llamado «costo social» de la implantación del modelo ideológico es siempre despreciable, pues no tiene proporción con el valor de la humanidad que descubre su verdadero destino.

* * *

Al describir de este modo lo que, en un sentido más estricto del término, se entiende por ideología, puede quedar fácilmente la impresión de que no queda margen para admitir formas más atenuadas o moderadas de lo ideológico. Sus perfiles se presentan de tal modo definidos, que no quedan en las fronteras del concepto esas tierras de nadie que hacen posible interpretaciones del mismo en tono menor.

Las hay, sin embargo. Lo ideológico es básicamente una actitud o mentalidad, y, por ello, puede, como en general todas las posiciones que adoptan los hombres, ser más o menos consecuentes consigo mismas. Además, como actitud de la persona frente al universo circundante y, sobre todo, frente a las aristas que la realidad cotidiana le presenta, corresponde a una tendencia psicológica profundamente afincada en el hombre y que siempre cuesta dominar: es la inclinación a anteponer los propios sentimientos, las reacciones de la subjetividad independiente, a esa realidad que constantemente está poniendo exigencias que no son gratas, y que recuerda al alma que hay normas —para el conocimiento y para la voluntad— que emanan, en definitiva, de la propia condición existencial de creatura.

Entre aceptar lo que las cosas son o lo que uno querría que fuesen, la tendencia atávica es la de optar por la segunda alternativa. Y ahí vienen los complejos resortes psicológicos destinados a disfrazar esa opción, presentándola como la más auténtica y válida. Esto es pan diario en el ámbito más restringido de la vida privada de los hombres. Ha encontrado un fuerte correctivo en la vida pública, donde instituciones y leyes han impuesto una valla que ha mantenido en su coto a las veleidades de la subjeti-

vidad: hasta el advenimiento a este plano, en gloria y majestad, de la mentalidad ideológica.

La tendencia a prevalecer de la propia subjetividad sobre las exigencias objetivas del mundo real, supone la existencia en el interior de los hombres de una de las más fuertes *hbris* o concupiscencias: la del poder. Es, en efecto, el poder del sujeto lo que se pone en cuestión al plantearse la alternativa entre aceptar, humilde, las condiciones que a la propia vida y conducta impone la naturaleza de las cosas, incluida la del mismo hombre, o imponer, contra viento y marea, las determinaciones subjetivas de una voluntad independizada. Al elegir esta última alternativa, la persona siempre opta por el poder, por el gozo íntimo de sentir que nada se impone a la voluntad, y que es ésta, por el contrario, la que está imponiendo formas y rumbos a sí misma y a su propio contorno.

Esto explica un hecho aparentemente difícil de entender: el de las dos caras de la ideología. Por una parte está la que presenta en el ideólogo: un sistema inextricable para el profano o para el recién iniciado, pero que en aquél es fuente de respuestas luminosas para todos los problemas. Por la otra, es un alimento simple y elemental para las mentes de la masa: crea en ella la impresión de que está participando en un poder único, y que su voluntad es parte activa de él; da fe absoluta de que el sistema al cual se adhiere tiene el secreto para todas las respuestas y soluciones. La ideología, traducible para ella en unas cuantas muletillas básicas, le otorga seguridad y, al mismo tiempo, le evita el esfuerzo y el riesgo de pensar por cuenta propia.

De este modo, la ideología satisface la elemental concupiscencia de poder de los hombres simples. Lo cual exige la existencia de una estructura ósea para esa masa: es la organización de los iniciados, rematada por la cúpula de maestros y líderes, que son los que tienen la capacidad para responder, en cualquier momento, a los apetitos e inquietudes que emanan de esa concupiscencia, y que, por lo mismo, poseen el carisma para guiar a la masa hacia la plena realización de su voluntad soberana.

La ideología, para ser eficaz, debe rebajar al nivel del vulgo

todo lo que pudiere ser respetado como norma o principio de la vida social, es decir, aquello que pudiere ser estimado como inmutable o sagrado. Debe dar esto en pasto a la masa, creándole la sensación de que, por fin, ya no está sometida a ello y de que, al contrario, son los principios los que se hallan sometidos a la aprobación de su voluntad. Pero, a la vez, debe alimentar una oligarquía estricta y con poderes absolutos, la de aquellos iniciados en los cuales la masa debe tener fe incondicionada. Esta oligarquía, por lo general organizada como cúpula de un partido, es la que, según explica Rousseau, debe forzar a los particulares a querer el bien que conocen, pero rechazan, y enseñan a la masa el bien que quiere, pero no conoce.

¿De dónde provienen estos hombres que no suelen ser intelectualmente mediocres, y que, sin embargo, son atraídos por los sistemas ideológicos, en los cuales ascienden con relativa facilidad, conformando sus estructuras dirigentes? Manifiestan, además, una energía inagotable, y una gran capacidad para subordinarlo todo en su vida al triunfo de la ideología. Hay una fuerza interna en ellos que aparentemente no se agota ni decae, aun tras los peores fracasos y derrotas: siempre vuelve a empezar, recogiendo de las experiencias pasadas la enseñanza para aplicar en los siguientes embates. Es un devoto de la disciplina y de la pureza de los objetivos revolucionarios. A ello sacrifica lo que normalmente es más caro al hombre: familia, amistades, seguridad personal. Sólo cambia en algunos aspectos su manera de ser cuando está en el poder de la revolución triunfante: entonces se siente con derecho a disfrutar en forma plena de aquello que antes poseían sólo sus enemigos.

Hay muy valiosos estudios sobre el fenómeno moral y psicológico que se encuentra en la raíz de la personalidad del ideólogo y del revolucionario. Los más conocidos son los de Max Scheler y de Gregorio Marañón. Nietzsche fue el que dio el nombre a este fenómeno: resentimiento.

Su campo de acción es, indudablemente, más amplio. Como Marañón lo muestra en su biografía del emperador Tiberio, el resentimiento es mucho más antiguo en la historia de la humani-

dad que las ideologías del siglo XVIII. Pero el hecho, también indudable, es que éstas han dado al resentimiento un enorme cauce para dar rienda suelta a su fuerza interna; han sido una válvula de escape que le han permitido arrojar su ímpetu, ya sin disfraz ni inhibiciones morales, sobre la sociedad.

El resentimiento es la acumulación de agravios, reales o ficticios, que se desvinculan de la causa original a la cual, con razón o sin ella, se atribuyen. La reparación de esos agravios, por consiguiente, debe ser infinita, pues al no haber objetos precisos de vindicación, el objeto es cualquiera. La herida que en su momento se ocultó se transforma, así, en fuente inagotable de una purulencia que por principio debe infestar todo: es ésta, precisamente, la actitud y la mentalidad del resentido. El otro, el vecino, el jefe, el compañero, la sociedad en suma, tienen la culpa de ese agravio genérico y, de algún modo, tienen que saldar una deuda que, sin embargo, nunca terminará de saldarse. Según la psicología profunda del resentido —y que no suele ser vulgar ni ramplona—, los demás le deben todo. Por esto, la ideología, que busca destruir la sociedad podrida para construir una completamente nueva y distinta, se adapta del todo a esa psicología: da justificación plena al hecho de que el resentido no se sienta deudor de nada ni de nadie, y de que sean los otros, por el contrario, los que, estando en una situación casi esencial de deuda con él, tengan que estar siempre agradecidos de su acción. Hay resentidos sociales, y los hay religiosos: éstos son los peores, los de mayor virulencia. Son lo que apuntan su odio, su sed inagotable de venganza, contra Dios y contra sus creaturas. Es el caso, muy claro —según se desprende, sobre todo, de sus escritos tempranos—, de Marx. Hay poemas juveniles suyos en que se expresa con toda la violencia de que son capaces las palabras ese resentimiento que luego convertiría en método de acción: «Pronto estrecharé la eternidad contra mi pecho, y pronto / Aullaré maldiciones descomunales contra la humanidad / ¡Ah! ¡Eternidad! Ella es nuestra aflicción continua, / Una muerte indescriptible y sin medida... Si existe un Algo que devora, / Saltaré dentro de ello, aunque arrastre al mundo en la ruina / Al mun-

do que se levante entre mí y el abismo / Lo haré con mis maldiciones perdurables... Y los mundos nos arrastran consigo en sus giros, / Aullando sus cantos de muerte, y nosotros... / Nosotros somos los monos de un Dios frío».

Desde que nos ofreció la personalidad de Robespierre, la historia de la acción de las ideologías está llena de grandes y de pequeños resentidos. Sin ellos, esa historia no habría existido.

La adhesión a la ideología, tanto de parte de la masa que se alimenta de sus versiones más simplificadas, como de los que se constituyen en sus sacerdotes y pontífices, no nace —según ya se habrá podido entrever en lo dicho— de una interna convicción sobre la verdad de lo que ella postula. Esa adhesión es a la eficacia de la ideología —a su poder, en suma—, no a su verdad. O, visto lo mismo desde otra perspectiva, se entiende como verdadero, en este plano, únicamente aquello que alcanza sus objetivos, que triunfa u ofrece expectativas concretas de triunfo, que es capaz de inspirar temor. Esto explica el éxito de ideologías cuyos contenidos no resisten el menor análisis intelectual serio, y cuyas obras son desoladoras. Ese éxito se explica, primeramente, por los vacíos que la sociedad va creando en su seno, de todo tipo, pero especialmente de orden religioso, moral y cultural, y que la ideología sistemáticamente va llenando; luego, es este poder así manifestado el que seduce y atrae a los nuevos seguidores. La historia del nazismo, en su momento, y del comunismo en nuestros días, son ejemplos claros de este fenómeno: ambos movimientos fueron, en sus inicios, sólo un pequeño grupo de revolucionarios, incapaz de crear por sí solo las mínimas condiciones para empezar a escalar el poder social y político, hasta que circunstancias ajenas a ellos mismos les dieron la oportunidad para hacerse con ese poder. Y ahí es donde empieza su historia.

En su *Breve tratado de soviología*, Alain Besançon dice algo del comunismo que es aplicable a toda ideología instalada en el poder, pues en el marxismo-leninismo se halla la quintesencia de lo ideológico, es la ideología en que se dan con más claridad y rigor todas las consecuencias de su carácter de tal. Explica Besançon que pueden encontrarse tres tipos de comunis-

tas, de los cuales sólo el tercero es el que corresponde con fidelidad a lo que exige de él la estructuración del poder de la ideología: el primero es el ingenuo, el que cree que lo que está en la ideología —o que sostiene su único intérprete válido, el partido— es verdadero. Luego está el cínico, el que no cree en las doctrinas ideológicas, pero se adhiere a ellas en razón de las ventajas personales que puede lograr del poder. Y el tercero es el que no se plantea nunca la cuestión de creer o no creer, sino que simplemente se hace parte del sistema, contribuyendo a su consolidación y al acrecentamiento de su poder. Es el que posee la «lengua de madera» del régimen, el que interpreta y difunde sin convicciones la doctrina, y el que procura que todos actúen como si fuese ella verdadera, aplicando a esta tarea todas sus potencias y los inagotables recursos que, con este objeto, pone en su mano el poder del partido.

Esta condición intelectual y afectivamente neutra que debe tener el más fiel miembro del partido ideológico, da luz sobre la estructura psicológica de aquellos hombres que sirven con la misma lealtad y eficacia a distintos titulares del poder o a distintas corrientes que se oponen dentro de una misma ideología. Son las versiones más depuradas y, por lo tanto, despojadas de cualquier amago de originalidad o de independencia personal, y con mayor razón de genialidad, de personajes como Talleyrand: servidores de un poder sin nombre y sin principios.

* * *

Hay aquí puntos suspensivos que guardan una pregunta: si la mentalidad ideológica está caracterizada por estos rasgos dominantes, ¿en qué queda la diferenciación entre las distintas ideologías? Es natural que surja una cierta resistencia a juzgar según los mismos patrones a comunistas y nacional-socialistas, a socialdemócratas y demócratacristianos.

Las diferencias son obvias. Pero son diferencias específicas que se inscriben dentro de un género común. Y no hay que caer en el engaño de juzgar la moderación en los criterios y en las conductas de adherentes a determinadas ideologías como efec-

to o propiedad de éstas. La ponderación en los actos y el buen juicio revelan cualidades que son refractarias a la actitud ideológica, cualquiera sea su contenido conceptual o doctrinario. Incluso en la conducta de un comunista —y lo cito a él pues es en el marxismo-leninismo donde se dan los métodos más afinados para lograr el perfecto vasallaje intelectual y moral en sus seguidores—, pueden registrarse inconsecuencias respecto al imperio sobre él ejercido por la ideología. Y hay testimonios de ellos. Es decir, que incluso en el comunista es posible encontrar una humanidad que es contraria al sistema, aunque nunca tenga la fuerza capaz de quebrarlo o siquiera amortiguarlo. Y también es posible encontrar en el otro extremo del mismo espectro ideológico, en el liberal, una actitud implacable y cerrada cuando trata de encuadrar la realidad en el molde de sus postulados.

La historia de las ideologías es una. No hay historias paralelas e independientes de cada una de ellas. Se puede dibujar el árbol genealógico en que se ven las inserciones de las ramas en el tronco y los renuevos que brotan de éstas. Las relaciones de parentesco suelen fortalecerse, además, con vínculos agregados que manifiestan, precisamente, esa afinidad primera en que radica la aptitud para tejer nuevos lazos.

Por ejemplo, entre el desaparecido nacional-socialismo alemán y el marxismo hay, aparentemente, un abismo insalvable. Sin embargo, hay que recordar que ambas ideologías son versiones del socialismo, y que, además, ambas se reconocen deudas, en aspectos esenciales de su doctrinas, de la misma fuente: las ideas de la selección natural y de la lucha por la existencia, de Darwin. Es sabido que la teoría germana de la lucha de razas y del destino fatal de las inferiores a desaparecer o a someterse a las superiores, aplicada a la raza aria y a sus proyecciones geopolíticas, está tomada directamente de la obra del naturalista inglés. Por su parte, en una carta a Lasalle, Marx le confiesa que es en la lectura de Darwin donde ha nacido su concepto de clase, y el de la lucha de clases como motor único de la historia.

Pero, aparte de estos parentescos políticos que fácilmente

enlazan entre sí a las ideologías, hay un tronco común. Hasta el punto de que se puede afirmar, sin caer en el equívoco o en la pura metáfora, que la ideología es básicamente una, y que la diversidad de sus rostros corresponde a interpretaciones distintas de los mismos postulados y a diferentes métodos de aplicación del modelo ideológico a la realidad social.

Podría argumentarse en contrario aduciendo las numerosas e inacabables pugnas y guerras entre ideologías. Estas mismas guerras, sin embargo, con toda la ferocidad que las ha caracterizado, vienen a ratificar que hay un idéntico tronco común. Han sido y siguen siendo guerras al estilo de las de religión. Son versiones secularizadas de la Guerra de los Treinta Años, que opuso a católicos y protestantes, o de la que tienen emprendida chiítas y sunitas para dirimir cuál es la versión más fiel y auténtica de legado islámico. Es la pugna entre astillas del mismo madero, y su ferocidad es aquella de la cual son capaces los hermanos cuando en sus divisiones dejan a un lado toda razón de avenencia.

Las ideologías coinciden todas en el reconocimiento de un mismo postulado fundamental, cuyo contenido es el que, al recibir interpretaciones más o menos radicales, da lugar a la derivación del tronco en sus ramas. Este postulado es el de la libertad, considerada como el valor supremo del hombre, como el primer principio de moral y como el dogma que hay que sostener por encima de cualquier duda o intento de verificación racional.

¿Cómo se puede relacionar el reconocimiento de este postulado común con algo tan absolutamente contrapuesto a las libertades concretas de los hombres, como es el modelo ideológico y las técnicas para implantarlo en la sociedad? La respuesta a esta natural perplejidad está en la misma índole de la idea que se establece como tal postulado. Las revoluciones de nuestro tiempo se han realizado todas con el fin de liberar a los hombres y a la sociedad, para ganar un estado de libertad que se ve negado en la situación anterior; no obstante lo cual, todas han impuesto una situación de opresión semejante o peor a la que

se vivía hasta el momento de su triunfo. Sacrifican muchas libertades para lograr la liberación final, y las siguen sacrificando para asegurar el poder de la revolución contra todos sus enemigos latentes. Esta contradicción, a pesar de lo que podría esperarse luego de una visión superficial, no debilita a las ideologías, ni crea mala conciencia a sus sostenedores. Lo que ocurre es que, desde el momento en que se pone a la Libertad —que aquí tiene que ser con mayúscula— en el pedestal del principio y del dogma, ya no se trata de algo real y concreto, de algo que exista en el uso y goce cotidiano de los hombres, sino de la Idea a cuya imagen debe conformarse la realidad. Esta idea es la piedra angular del sistema ideológico: los hombres son libres sólo en la medida en que su vida se adecua a esta matriz básica, lo son únicamente si se comportan de acuerdo a esa idea de libertad que tiene y guarda el ideólogo instalado en el poder. De aquí que en las revoluciones inspiradas en ideologías, se pueda aplicar, en casi todas ellas, el criterio tan claramente enunciado por Rousseau, y que no es de ningún modo expresión de cinismo o de inconsecuencia con los ideales: «Aquel que rehúse obedecer a la voluntad general, será obligado a ello por todo el cuerpo: lo cual no significa otra cosa sino que se le forzará a ser libre».

Este postulado de la libertad se encuentra claramente formulado por los doctrinarios de todas las ideologías, comenzando por aquellas que, aun sin las características ideológicas más definidas que van a tener las que surjan a partir de la segunda mitad del siglo XVIII, es por vía materna la antecesora de ellas: el liberalismo, o lo que desde 1812 se conoce universalmente con este nombre.

Uno de los expositores contemporáneos más notables de las doctrinas liberales, Friedrich von Hayek afirma que la libertad «constituye lo que más apropiadamente puede considerarse como principio moral de la acción política» ... «Exige que se le acepte como valor intrínseco» ... Hay que asumirla como «un credo o presunción tan fuerte que excluya toda consideración de conveniencia que la limite». Y a la aporía insoluble que nace con la

misma ideología liberal: ¿cómo justificar que se gobierne en nombre de la libertad, si por ser gobierno debe necesariamente limitar las libertades, o al menos algunas de ellas? Responde, pragmáticamente, diciendo que el individuo debe considerar las leyes que lo limitan del mismo modo como considera los accidentes externos, es decir, como circunstancias extrínsecas que condicionan sus actos, pero que no implican la intención de determinarlos directamente. El problema siempre latente es de cómo garantizar que quienes dictan las leyes se abstengan de condicionar las libertades según determinadas intenciones.

La contradicción con que se tropieza al postular la limitación de las libertades en nombre de la Libertad —limitación que está inevitablemente presente en todo acto positivo de gobierno—, produce, a mediados del siglo XVIII, la reacción que intenta ver en la democracia la superación de este sinsentido. El sistema democrático es —según esta versión— aquel en que los individuos renuncian a sus voluntades particulares —a sus libertades concretas—, para hacer propia la voluntad colectiva, aquella que Rousseau llama la voluntad general. Se acaba así el problema insoluble de conciliar el postulado de la Libertad con las libertades reales de los individuos, pues éstas dejan de existir por propia decisión de sus sujetos. La única libertad verdadera es, de esta manera, la del todo, la de la voluntad soberana del pueblo. Por consiguiente, el ciudadano que se aparte de los mandatos de esta voluntad deja por lo mismo de ser libre. Y como la Libertad es considerada el valor más propio del hombre, no hay que ahorrar medios ni energías en la tarea de forzarlo a ser libre, es decir, de obligarlo a pensar y a querer de acuerdo a los dictámenes de los fieles intérpretes de la voluntad popular, los ideólogos en el poder.

Siempre permanece en su sitio el principio: la Libertad. Y, en este sistema, el principio empieza a manifestar esa dialéctica suya que se va a proyectar en plenitud en el régimen marxista-leninista: para que prevalezca como principio, deben ser sacrificadas ritualmente en sus aras todas las libertades particulares. Y, puesto que lo que debe someterse a esta idea suprema de Liber-

tad es la mente de las personas, para que piensen, sientan y actúen siempre en conformidad a ella, se desarrollan los métodos destinados a someter la interioridad del hombre, su alma, pues no basta el acatamiento puramente externo de los dictados del poder, ni la reducción física de los recalcitrantes. Hay que reeducar, provocar la claudicación interior: un poder de esta índole no puede descansar mientras sus súbditos no le rindan el alma.

Las variantes de esta ideología de la soberanía popular o de la voluntad general, aunque muchas de ellas moderan las consecuencias, reconocen el mismo principio. Algunas ramas establecen un vínculo esencial entre la noción de democracia allí implicado y el cristianismo. Se trata, más bien, de una desacralización de ciertos valores propios del cristianismo, y un esfuerzo por hacer inmanente al hombre la acción redentora de Cristo: de este modo, lo que en la Revelación cristiana es la vida eterna, participación por el hombre de algo superior a él, en estas ideologías se remite a una utopía futura, la sociedad perfecta.

Lo importante es ver que en el seno de la ideología se incuba siempre una dialéctica. La afirmación del valor de la libertad no implica un respeto por la libertad concreta de los hombres, sino únicamente el despliegue de poderes destinados a garantizar en el futuro una libertad perfecta y absoluta. No se trata de procurar los medios para que la libertad, con los límites que naturalmente impone la condición humana, sea algo real hoy, sino de liberar al individuo y a la sociedad de todas las causas de opresión. Cuáles sean estas causas: eso lo define la ideología. Y en esto el marxismo llega hasta el final: dice Marx que «sólo cuando el hombre individual real recobra en sí al ciudadano abstracto y se convierte, como hombre individual, en ser genérico, ... sólo entonces se lleva a cabo la emancipación humana». La libertad, ese valor absoluto de la ideología, sólo puede hallarse, entonces, al término de un proceso que habrá de continuar mientras exista una brizna de humanidad —afectos, lealtades, lazos particulares— en los hombres. Ese proceso, para ser efectivo, pasa necesariamente por todos los métodos que se

han inventado para aniquilar el espíritu personal en la creatura humana. Y en la utopía final, ese espejismo que busca suplantar la esperanza cristiana, «los hombres —escribe Marx—, al fin dueños de su propio modo de vida en sociedad, se hacen también, por esto mismo, dueños de la naturaleza, dueños de sí mismos, libres...».

* * *

Para quien el fracaso es sólo lo opuesto al éxito circunstancial, es difícil, si no imposible, hablar con sentido de un fracaso de las ideologías. En nuestro siglo se ha podido comprobar de qué son capaces cuando tienen poder. Y también, cuán eficaces son para mantenerse en él, para lograr una estabilidad de la cual muy pocas instituciones humanas gozan. El dominio que han logrado de las técnicas del poder, incluidas, sobre todo, las que se dirigen directamente a la voluntad y a la inteligencia de los hombres, para conseguir una incondicionalidad en el sometimiento que las víctimas deben confundir con su propia libertad, es algo con lo cual nunca soñaron, ni de lejos, las peores tiranías de la antigüedad. Y son técnicas que actualmente se siguen desarrollando y aplicando, sin que se vea en el mundo una reacción proporcional al mal que causan, sino más bien una tendencia a acomodarse, tratando cada cual de desentenderse de ese mal, refugiándose en su cubículo y ocupándose únicamente de su propia y particular suerte.

Sin embargo, es en este mismo éxito circunstancial de las ideologías donde se puede descubrir el fracaso profundo que las marca en toda su obra. Nunca se han visto realizadas sus promesas: lo que presentan como sus frutos positivos, es siempre algo realizado por hombres que, a pesar de la ideología dominante, han trabajado honesta y tesoneramente, aplicando a ello sus capacidades naturales y sus virtudes.

Al amparo del poder ideológico se han desarrollado grandemente, sí, muchas técnicas, alcanzando niveles sofisticados y complejos. Pero la técnica y la teconología son saberes neutros, que no están necesariamente o de suyo ordenados al bien real

de los hombres. Pueden, por cierto, ordenarse a este bien, pero la ideología no los ordena, si no es por accidente, pues los usa y los desarrolla en cuanto son instrumentos eficaces del poder. El crecimiento extraordinario que han tenido, en nuestro tiempo, la técnica y la tecnología, aparece, en cualquier caso, y mirado desde esta perspectiva del bien real de los hombres —que no exige ser espectacular, ni consistir principalmente en bienestar material, aunque obviamente lo incluya—, como la multiplicación disparada y sin orden de aquello que no tiene claro cuál es su fin.

Las ideologías muestran su fracaso cuando se trata de alcanzar aquello que los hombres, cuando pueden juzgar con su conciencia quieta, aprecian como la parte más valiosa de su patrimonio natural. La famosa frase de Pascal, «no puede ser feliz el hombre que no sea capaz de estar a solas consigo mismo en su habitación», puede ser tomada como el libelo de acusación contra todas las ideologías. Ellas exigen movimiento, actividad sin fin, pues tratan de alcanzar lo inalcanzable: la transformación completa de la realidad de acuerdo al modelo ideal; y buscar la utopía exige entregarse a la acción frenética y a la ensoñación sentimental, que impiden la reflexión sobre la verdadera condición de uno mismo y del mundo que se tiene por delante. Por esto, la mentalidad ideológica no puede soportar a aquel que reserva el juicio cuando no hay elementos reales y suficientes que lo funden, a aquel que posee un criterio que no cabe en los moldes homogéneos en que se encuadra dicha mentalidad. Tampoco tolera que pueda haber hombres a los cuales no corresponda una etiqueta simple y excluyente: progresista, reaccionario, demócrata, fascista, etc. No se busca conocer a los hombres por sus obras: en realidad, simplemente no hay ninguna intención de conocerlos. Es impensable pedir a alguien, conformado mentalmente por la ideología, la ponderación en el juicio, sobre todo si recae sobre algo tan rico en matices, muchos de ellos misteriosos, como es la realidad de un hombre.

De este modo, la actitud ideológica es profundamente injusta, y siempre lo es. Es incapaz de respetar al otro en lo suyo:

todo lo que es ese otro y todo lo que tiene ha de ser necesariamente una emanación de la ideología o algo que se opone. En el primer caso, se presenta como una proyección de la subjetividad del que juzga, sin esa infabilidad de las personas que obliga, en su conocimiento y en su trato, a la atención y al respeto; en el segundo caso, el otro es considerado como algo digno sólo de las tinieblas exteriores.

Las ideologías muestran cotidianamente su absoluto y rotundo fracaso en la realización de las promesas de hacer felices a los hombres. La felicidad es algo íntimo y delicado que no puede ser siquiera entendido o vislumbrado por un sujeto que piensa y actúa según criterios ideológicos. Y, a pesar del inmenso poder que son capaces de manejar, han manifestado también su impotencia para penetrar en el alma de quien no quiere recibirlos. De esto dan testimonio esos hombres que en cárceles, campos de concentración y centros psiquiátricos han sabido resistir a todos —y hay que repetir: a todos— los esfuerzos hechos para someter su espíritu. Alguno podrá decir, quizás, que son pocos. En cualquier caso, en el anonimato al cual están también condenados en su mayoría, son más de los que sospechamos, y cuantos sean —pocos o muchos—, son ellos, y no los que claudican y reniegan, los que conservan ese patrimonio inapreciable que el Creador ha puesto en el interior de los hombres. Son los que se mantienen en la normalidad propia de creaturas racionales y libres. Lo que ocurre es que para que un hombre sea normal tiene que alcanzar, a veces, altos niveles de heroísmo.

En la vida ordinaria de los que permanecemos físicamente libres —lo cual no coincide necesariamente con la libertad interior—, la normalidad en que hay que permanecer es la misma. La diferencia está sólo en que las incitaciones a abandonarla son mucho más sutiles y, en ocasiones, venenosas. La normalidad está en el fortalecimiento de esa libertad interior, la del espíritu, y ello exige que la inteligencia se forme en el hábito de juzgar de acuerdo a la verdad de las cosas y de las personas, renunciando a poseerla siempre *a priori*, ya definida por nuestras estructuras mentales. Y también exige que la voluntad se forme

en sus propios hábitos de rectitud, la virtudes morales, entre las cuales la justicia es el cimiento sobre el cual se levanta todo el orden moral. Justicia en lo concreto, en el trato distinto con cada prójimo, buscando reconocerle en lo suyo, y restituyéndoselo si a nosotros compete.

Si es lo justo lo que prevalece como fin en nuestra conducta —en cualquier ámbito: político, económico, gremial, vecinal, etcétera—, se deshace esa costra de imperativos categóricos que dicta el modelo o la idea fija, y que va poco a poco anquilosando el espíritu. La justicia no es otro concepto *a priori*: es la disposición personal a reconocer y a dar al otro —que puede ser el vecino, el subordinado en el trabajo, el gobernante, la patria— el bien que es suyo, y del cual se me ha dado participar según un orden cuya urdimbre constituye la vida en sociedad.

He oído muchas veces la objeción de que esta vuelta a la normalidad que se propone no es, en definitiva, más que otra ideología, otro conjunto de abstracciones que viene a ofrecerse como salvación a la humanidad. Es difícil, en verdad, convencer al parálítico ya curado que deje sus muletas y se arriesgue a emprender de nuevo el camino por sus propios pies. Es prácticamente imposible hacer entender a un esquizofrénico que la realidad es distinta a sus enfermizas imágenes. Para el que ha sido parálítico, está ahí la tentación de la muleta, de la seguridad sugerida por la anterior familiarización con ella. El instrumento ortopédico, además, es mecánico, no esconde nada misterioso o algún secreto aún por descubrir; una vez conocido y bien manejado, excluye el riesgo de lo inesperado. Si nos hemos habituado a él, se hace difícil tomar la decisión de abandonarlo para confiar de nuevo en una vitalidad que no es mecánica, y que siempre guarda posibilidades y riesgos desconocidos.

La mentalidad ideológica es, en algunos, como el aparato ortopédico. En otros es la esquizofrenia, que en ciertos casos es incurable. Como sistema pretendidamente ortopédico, oprime la mente del hombre dándole una simplificación ramplona y un seguro aparente contra lo desconocido y lo inesperado. Es necesario decidirse a abandonarlo, formando a la inteligencia y a la

voluntad en lo que les es natural. Antes de tomar esta decisión, es imposible saber qué es lo que hay más allá, es imposible prever lo real según la acabada y rigurosa lógica interna de la ideología, por lo cual, mientras no se da el salto, ello sigue presentándose como conjunto de sombras inciertas. Desde la alucinación, es imposible saber cómo es la verdadera visión. Esta no es una alucinación de especie distinta, y esto lo puede saber sólo el que está despierto y mira. Del mismo modo, el buen criterio de un hombre sensato y justo tampoco es otra especie de ideología.

* * *

En nuestras naciones de Hispanamérica, las ideologías han puesto su sello, y en forma bastante profunda. Se asoció el proceso de la independencia política a la acción inspirada en las ideologías que acababan de triunfar en Estados Unidos y en Francia, creándose así la ilusión de que nuestra identidad histórica brota de ahí, por alguna especie de generación nueva que es obra exclusiva de esos modelos y de quienes los adoptaron como suyos. Desde entonces, unas ideologías han reemplazado a otras, creyendo sus seguidores que la nueva habría de traer necesariamente las soluciones que las anteriores fueran incapaces de dar. De esta manera, se ha perpetuado un proceso de enajenación cultural y política, imposible de remontar mientras no se abandone el criterio iluso y simplista que busca sólo en la fórmula fácil y clara el remedio para los males.

Es difícil, muy difícil, esta tarea, pues el poder ideológico va creando ilusiones e intereses que prenden hondo, las primeras en la gente simple y los segundos en quienes, más encumbrados, han aprendido a gustar de lo que no es propio.

Es, no obstante, una tarea ineludible, que nos presenta la obligación moral perentoria de emprenderla, y de perseverar con mayores energías en ella. Sólo retomando el hilo de lo que verdaderamente hemos sido, podemos afirmarnos en lo que debemos ser. Esta tarea es deber de todo aquel que tenga alguna responsabilidad ante la sociedad.